

EL ÉS SUPREMO.

I.

Desde que el mundo es mundo se viene preguntando lo que es el Tiempo, y es hoy el día que aún no están acordes los sabios sobre su definicion,—cuando no puede darse cosa más perfectamente definida.

La generalidad, confunde *estúpidamente* al Tiempo con la temperatura, los filósofos con la *duración*, y algunos como San Agustín dicen que *saben lo que es, pero que al querer definirlo no aciertan* (1).

Ocuparse de lo primero, sería hacerse uno tan *estúpido* como los que confunden á el Tiempo con las afecciones atmosféricas: ocupémonos, pues, de los segundos.

II.

En efecto—el Tiempo, no es—convencionalmente—sinó la duración de las co-

(1) Algunos creen decir algo con llamar al Tiempo *Espacio indefinido*,—lo cual no quiere decir nada en rigor filosófico ó científico. Definición, sin embargo, que nos place, en cuanto tiende á hacer al Tiempo sinónimo del Espacio, con lo que estamos muy conformes.

Otros llaman al Tiempo—(confundiéndolo con la SUCESION)—*série eterna* de los acontecimientos,—lo que quiere decir en buen romance que si no hubiera acontecimientos, no habría tiempo *eterno*, ó *es*, ó *ser* del Espacio,—definición destruida por sí misma.

Y otros, por ejemplo, llaman al Tiempo *medida* de la duración de las cosas. Y siendo ó *durando* las cosas EN EL Tiempo, *és de todo es ó Es Supremo* ¿cómo él puede medirlas sensiblemente para nuestra percepción, si es *inmaterial*? Mediremos por medio del reloj los minutos que *dura ó es* en el Es Supremo Tiempo y Espacio, un fósforo que encendamos; mediremos por el *movimiento*, rotatorio y traslatorio de la Tierra alrededor del sol, los días ó años que *duramos ó somos* hombres y cosas EN EL Es Supremo Tiempo y Espacio; pero ¿medir al Tiempo (científicamente expresado) siendo como se confiesa ser *Espacio indefinido*, ó ilimitado, ó inmedible, es un absurdo. Se medirá todo lo que *és* en el Tiempo y el Espacio, tanto en la *duración* en el Tiempo de la cosa dada, como en su *extensión* en el Espacio; pero ¿ser medida de algo la eternidad del Tiempo como la inmensidad del Espacio, es medida incomprensible. Mide el *cronómetro* la *duración* de las cosas en el Tiempo, y mide el *compás* la *extensión* de las cosas en el Espacio; pero el Tiempo ni el Espacio no son medidas de nada, por la sencilla razón de que lo *inmedible*, ó en otros términos lo que no *tiene forma*, mal puede *medir* nada.

T. II.

sas, ó lo que es lo mismo, su *es* ó *ser*.

De aquí—el *és* ó Tiempo *relativo* y el *és* supremo ó Tiempo *absoluto*.

Es Tiempo ó *és relativo* lo que se refiere á objetos de la CREACION como el *és* de un fósforo, de una flor, de una persona, de un astro, etc.,—y así decimos: encendí un fósforo y *duró* tantos minutos, nació una flor y *duró* tantas horas, nació una persona y *duró* tantos años, apareció un astro y *duró* tantos siglos, etc., etc.: esto es, tiempo *accidental* ó relativo (cuantitativo ó rítmico) *en el* Tiempo absoluto ó *eternidad* del Tiempo.

Y es Tiempo ó *és absoluto*, lo que se refiere á lo INCREADO como el *és* ó duración del Espacio, vulgo *cielo*; ese *és* universal en que se siente *ser* todo *ser*. Nada más,—porque, aunque idealistas, quisiéramos hacer anexo á Dios el Tiempo absoluto y el Espacio (constituyendo estas dos substancias un solo espíritu congénere), no vendríamos á decir nada, en atención á que connaturalizábamos la realidad Dios, evidente, con un ideal quimérico y sin presencialidad ó ubiquidad sempiterna.

El tiempo relativo ó limitado es, pues; EN EL Tiempo absoluto ó ilimitado,—y el Tiempo absoluto consustanciado con el Espacio, es el Es SUPREMO en que es todo otro *es* ó *ser*: no hay *és* ó *ser* finito SUPERIOR al *és* ó *ser* del Espacio (el Tiempo absoluto ó infinito).

La vida real, atestigua ante nosotros todo esto: aún cuando no viéramos, por ejemplo, aparecer y desaparecer los fósforos, las flores, las personas y los astros etc., comprenderíamos bien su duración ó Tiempo relativo, como comprendemos la duración ó Tiempo absoluto del Espacio (Dios) y cuya creación ó extinción no puede concebirla mente alguna.

III.

Hay, pues, un Es SUPREMO, inmenso y eterno, que tiene por naturaleza ó espíritu el Tiempo absoluto y el Espacio,—evidencias sensibles, pero impalpables, ante nosotros y en nosotros.

Todo lo demás que *és* (como los demás seres), *és* y *son* en ese espíritu puro que

en todo punto y en todo instante tiene centro y en nada circunferencia ó término;—ese espíritu puro auténticamente entero, inmaterial y presente sin embargo, puesto que sin ese Es SUPREMO, no nos sería posible ser, porque, *fuera de su inmanencia* é inteleccion NO ES POSIBLE inmanencia ó inteleccion alguna.

Los que niegan à Dios, que nos nieguen ese *Es Supremo*, ese *és* que *és* por sí, y *sin el cual* no pudiera ser nada.

IV.

Entrad en discusion, ateos ó materialistas: concebid *algo* material que pueda ser sin el Tiempo y el Espacio.

Ahí està el universo ante nosotros. ¿Pudieran ser sin el Tiempo y el Espacio, los astros, las personas, las flores, cuanto veis en fin?

Imposible.

Pero ¿quién enjendró al Tiempo y que es el Tiempo?—preguntareis.—En cuanto à lo primero, todo el que tenga sano entendimiento no puede preguntar quien enjendró lo *único* que segun la conciencia de todos, siempre fué, siempre es y siempre será (1); y en cuanto à lo segundo, os contestaremos que es la *eternidad de ser* del Espacio, ó lo que es lo mismo, su *és*.

Y ¿quién enjendró el Espacio y que es el Espacio?—nos seguireis preguntando. Respecto à lo primero, tambien comprenderà toda inteligencia en plenitud, que mal puede ser enjendrado lo *único* que como el Tiempo siempre fué, *és* y será (2); y en cuanto à lo segundo, eso no lo podreis preguntar vosotros, sabids materialistas, que todo lo sujetais al análisis, y que habeis inventado hasta la campana neumática como un escalpelo *ad hoc*.

Aplicad, pues, vuestro aparato químico à cualquier punto del Espacio, à ver si lo podeis *suprimir* ó cuando ménos *contraer*. Funcionad: ya trabajan los émbolos: ya habeis *desalojado* atmósfera de ese punto ó ámbito dado: ya teneis el *vacio*, que vosotros decis:—¿qué hay, pues, en esa oquedad ó vacio?

(1) No hay mente que pueda concebir principio ó fin al Tiempo, asi como puede concebirse principio y fin à todo lo demás que existe: lo que prueba la bondad de la naturaleza de Dios, que proclamamos.

(2) Igual decimos del Espacio.

Nadal contestais.

No! *nada* no podeis contestar, porque en eso que llamais *vacio*, hay *algo*, pue es el algo que tratamos de *suprimir* ó cuando ménos *contraer*,—esto es, ámbito, oquedad, espacio, vulgo *cielo* (1).

Seguid apurando la campana neumática en ese punto dado del Espacio que tratamos de *suprimir* ó *contraer*:—veamos, si quiera, si de ese ámbito que llamais *vacio* desalojamos al Tiempo como habeis desalojado el aire.

Pero ¡ay! el Tiempo no es fluido alguno, —por más que funcionen los émbolos ó vuestro aparato, sigue ese punto de Espacio *limpio y purísimo*, y en él por consiguiente su *es* (ó *ser*), ó lo que es lo mismo sigue el Tiempo *en él* como en todo: hay, pues, un *és* que lo ocupa.

(1) Otro de los errores de la teología católica, que deploramos, porque se opone à la ilustracion pública, es llamar *cielo* ó suponer una mansion de gloria para las almas en la parte del Espacio que se eleva sobre nuestra cabeza. Pero ¿qué cielo es ese ó mansion *paraisídica* determinada es esa, si à las tres ó cuatro horas de verla, esa misma parte del Espacio que està sobre nuestra frente, se halla à nuestros piés?—¿Tiene ó no tiene la Tierra ó planeta que habitamos movimiento incesante y rapidísimo de traslacion y rotacion à la vez? Pues si lo tiene ¿qué *cielo* ó qué quicicosa viene à haber sobre nuestra frente al dia, que no sea *todo el Espacio*, puesto que la Tierra efectúa *en él* su movimiento rotatorio en 24 horas? ¿Qué es eso de *cielo*, cuando la parte de Espacio que à las ocho de la mañana està sobre nuestra frente, à las pocas horas està bajo nuestros piés y vice versa?

—Dirigid vuestras preces al *cielo*! dicen à cada instante los católicos.—¿Qué se debe entender por esto sinó dirigir preces *al Espacio*?—Porque, aun caando los católicos quieran suponer por cielo, una mansion *ideal* y exclusiva donde reside Dios, —eso sería un absurdo, puesto que «*Dios*—dicen ellos mismos—*està en todas partes*» y como *todas partes* quiere decir *el Espacio*, luego la teoría teística de los católicos, si los católicos la explicasen bien, es sumamente idéntica à la nuestra, porque el *està* implica *és* (Tiempo) y *todas partes*, *Es-pacio*.

Y el intrínscico espíritu puro Tiempo y Espacio ¿no viene à constituir, entónces, la naturaleza del *ignoto Deo* de que nos habla San Pablo, cuando dirigiéndose à los atenienses les dice: en Dios *somos*, en Dios *vivimos* y en Dios nos *movemos*, esto es, Tiempo y Espacio?

Y decimos *intrínscico* espíritu puro Tiempo y Espacio, porque en efecto es así,—y porque la ciencia misma nos dice muy alto por boca del talento más prodigioso que alumbró à la humanidad, NEWTON, que no hay tiempo sin espacio, ni espacio sin tiempo, ó lo que es lo mismo: «todo punto indivisible del Espacio existe en todos los instantes del Tiempo, y todo instante indivisible del Tiempo existe en todos los puntos del Espacio.»

V.

Persistamos aun más en nuestro propósito. Tomemos un huevo; piquémosle con la punta de un alfiler hasta *extraer* cuanto contenga; despues apliquémosle un aparato neumático proporcionado para desalojar el *aire* que se haya introducido en su ámbito, cáscara ó espacio; veamos en seguida si podemos amortizar, extinguir ó suprimir ese ámbito, oquedad ó espacio dado de la cáscara...

¿Podemos?

¡Imposible!

Luego, el espacio se *resiste* à todo cuanto hagamos por *suprimirlo* en un punto dado; luego lo que se *resiste* es algo? luego el espacio es ALGO? luego lo que es *algo* no se puede denominar *nada*?

VI.

Y ese *algo*, no es mera forma de nuestro entendimiento; porque ahí está, entero y purísimo *en* nosotros, *con* nosotros y *ante* nosotros, como *en* todos, *con* todos y *ante* todos!

Y ese *algo* que llamais vacío, eso, eso está ocupado por la presencia de Dios, Tiempo y Espacio, que todo lo llena en el universo (1).

Y ese *algo* es auténticamente *por si mismo*; y es indivisible, inviolable, inmaterial, y espíritu puro *infundible* con la creación, puesto que se *resiste* à cuanto hagamos material y hasta espiritualmente para modificarlo, contraerlo ó extinguirlo:—espíritu puro que, consustanciado tan solo con el Tiempo (de que no puede prescindir ni el Tiempo de él porque ámbos constituyen la esencia ó entidad divina), se resiste y se resistirá *incomovible* à toda la *fuerza* de la materia habida y por haber!!! (2).

(1) Pero como ese *algo* no tiene nariz, ojos, boca, frente, etc. ¿cómo ha de ser Dios para muchos, sin embargo de que claman que Dios es *espíritu puro que está en todas partes*?

Para esos Dios, es preciso que sea à imájen del hombre. ¡Que estupidez! confesando como confiesan que Dios es infinito y por consiguiente no tiene *forma*!!

(2) Para *conmover* eso que llamais el vacío neciamente, aplicad la fuerza de la pólvora, la con que gira el planeta Marte, etc... y ¿qué conseguiréis?

Sabios materialistas; concebimos y se concibe el anhelo de vuestro querido Arquímedes, buscando un punto de apoyo para *conmover* al mundo que habitamos, porque al fin la Tierra es un objeto *material*, un átomo cósmico más ó ménos grande,

VII.

¡Y à ese *algo* llamais el vacío!!

¡Qué absurdo, ó que frase tan sobera-

girando en la eternidad é inmensidad del Tiempo y del Espacio; pero ¿á qué no podeis concebir ni nadie puede concebir el buscar un punto de apoyo para *conmover* el Espacio, ó ese espíritu purísimo en que *somos* y que llamais pomposamente el *vacío*?—¿Por qué podemos concebir lo primero y no lo segundo? Porque *fuera* de este mundo (la Tierra), vemos otros innumerables; y aun cuando no los viéramos, concibiríamos su existencia, ó su *posibilidad*. Pero, *fuera* del Espacio y del Tiempo ¿qué podeis ver? no podeis ver sinó *siempre Espacio, siempre Tiempo*. Ah! concebid *límites* al Espacio ó al Tiempo, archisabios materialistas, y caeremos de rodillas à vuestras plantas!!

Hé ahí, bien demostrado, y sencillamente, no el infinito de Dios como idea, sinó el infinito de Dios como *práctica*, ú objetivo para los sentidos, como diria en su criticismo Manuel Kant.

No hay infinito en el universo, *que no sea* en el infinito del Tiempo y del Espacio: el infinito de la fuerza, ó del movimiento, ó del número, ó del cálculo, ó de lo que se quiera, en fin, *para ser*, tiene que ser en el infinito de Dios Tiempo y Espacio, al paso que el infinito de Dios Tiempo y Espacio, *para ser*, puede prescindir y prescinde *de hecho* de todo otro infinito que imagineis. Por eso el Dios de los católicos y de todo idealista, tiene por naturaleza—aunque no quieran,—el Tiempo y el Espacio. No tendria *esa naturaleza auténtica*, si ese Ser que todos adoramos, pudiera ser *fuera* del Tiempo y del Espacio. Desde el momento que nos formamos la *idea* de Dios, le damos por primera de sus magestades *la de ser por si mismo*: es así, que como espíritu puro Tiempo y Espacio, lo podemos concebir dentro de todo, pero no *fuera* de su propio ser, *ergo* su naturaleza la constituye el Tiempo y el Espacio, porque *no puede ser* sin ese espíritu purísimo, (*que es El mismo*), presente, entero, inmaculado, indivisible, immanente, inviolable é *imprescindible* en todo!—sin consustanciarse por nada ni para nada con ese mismo todo ó creación suya.

Y hé aquí tambien demostrado el por qué nuestra teoría no es panteista.—Y ¡cómo serlo! cuando el *único* espíritu puro Tiempo y Espacio puede ser *y es per sé* sin lo demás del universo, y lo demás y el universo mismo, no puede *ser* sin El, Tiempo y Espacio; Es SUPREMO en que es todo *es*, ó entidad de ser!—Y cómo serlo! cuando el espíritu puro Tiempo y Espacio, es inmistificable con la creación, por mas que en la creación toda *sea* en su *ser*!

Por último—vamos à emitir una idea, como síntesis de nuestra teoría, que hoy no se comprenderá muy bien, pero sí dentro de dos ó tres siglos:

EL ESPACIO, ó ESO QUE LLAMAI EL VACIO, NO ES, MAS QUE TIEMPO PURÍSIMO; ó lo que es igual, *Es Supremo, ó es de todo es,—sustancia viva é inteligente, increada y creadora.*

Y esto, nunca será sinó una verdad *nueva*—si bien científica—de puro *antigua*; pues el vulgo, ya desde que el mundo es mundo, viene haciendo perfectamente sinónimas las voces Tiempo y Espacio, en sus innumerables modismos *ad hoc*, como: no hice tal cosa porque no tuve espacio; no contesté porque no tuve lugar; en el espacio de una hora hice esto y lo otro, etc. El mismo diccionario de la Academia de la lengua, dice peregrinamente: *espacio, intervalo de tiempo.*»

namente *hueca!* Si eso que llamais el vacío, es el *espacio* purificado de todo fluido ponderable é imponderable, y hasta del éter ¿por qué no lo llamais por su nombre? Y tanto más extraño es esto, cuanto que sabeis lo que es atmósfera y lo que es Espacio, que la una está en el otro, y sin esta no puede aquella existir,—al paso que habeis probado por medio de la campana neumática, que el Espacio puede ser y es de hecho sin la atmósfera, y ambas cosas inconsustanciales, y enteramente refractarias como la creacion y el Creador.

El vacío no queda, no, en ese ámbito ó punto del Espacio que habeis querido modificar, contraer ó suprimir y no habeis podido, miserables!—el vacío es solo una voz convencional que nosotros, á la vez, dejamos en vuestro cerebro.

Podemos ocupar Espacio; pero no *extinguirlo ó consustanciarnos* con él,—lo que prueba que nada de lo creado puede violar ó consustanciarse con el Creador.—Comprendednos bien: *toda la creacion está en el Creador* (Tiempo y Espacio) *como una figura en un espejo: la figura es en el espejo sin consustanciarse con él por nada ni para nada.* Por más que hiciéramos para huir de Dios, nos seria imposible,—por la sencillísima razon de que no podemos *ser fuera* del Tiempo y el Espacio, no ya corporal sinó espiritualmente! (1): somos inteleccion en su inteleccion ó sea pensamiento en su pensamiento!

Y podemos ocupar espacio, y *ser* en EL QUE ES como dijo Moisés (Tiempo y Espacio), porque *en Dios somos, en Dios vivimos y en Dios nos movemos*,—ó en otros términos teológicos:—*A Deo sumus, et per Deum et in Deum* (2).

(1) Cuando el vulgo quiere *reirse* de la definicion cristiana de que Dios *es espíritu puro que está en todas partes*, dice estúpidamente:—*¡luego, Dios tambien está en la basura...!*—Pobre vulgo! ¿No está en la basura un rayo de sol y por eso es *inconsustanciable* con ella? Pues si es refractario á la inmundicia un fluido como la luz solar, *creado por EL*, con mayor razon lo es su naturaleza purísima, Tiempo y Espacio,—*és de todo es*, sin consustanciarse por eso con *és* alguno que creó *en sí mismo*.

(2) Nótese que cuantas definiciones brillantes se hicieron de la Divinidad, todas vienen á ser otras tantas ráfagas (incompletas pero precursoras), de nuestra teoría. La de Zoroastro; la de San Pablo; la de San Anselmo, *ex ipsa summa essentia, et per ipsam et in ipsa sunt omnia*; la del Exodo: *Quit est*; la de Malebranche: *El que es*; la de Lin-

Ne! no! y no!—el Espacio y el Tiempo, por más que querais cerrar los ojos á toda luz, no es una cantidad ó entidad desconocida, puesto que es el *Es DE TODO ES*, vulgo Ser Supremo! El espíritu puro Tiempo y Espacio está en todo, como el pensamiento en nuestro cerebro;—y todo *es* está en su *Es Supremo*, como las imágenes ó concepciones intelectuales *en nuestro pensamiento!*

VIII.

Rebatidnos, pues! Rebatid nuestra teoría sobre el *Es Supremo* ó Ser Supremo, ateos y materialistas;—y os inundaremos en torrentes de luz por la lógica de la razon pura, evidenciando á la vez vuestros conocimientos superficiales. Esgrimid las armas del raciocinio contra nosotros,—y descendiendo á vuestro mismo materialismo de *ver y creer*, os obligaremos á confesar la evidencia y presencia eterna del *Es Supremo*, Dios!—ya en cualquier punto inmóvil del Espacio, como en cualquier instante inmóvil del Tiempo.

B. VICETTO.

Ferrol, 1875.

EN PROGRESION.

Cuando sola la ví por vez primera,
radiante de emocion pedila un beso,
y ella exclamó ofendida:

—¿Usted por quién me toma, caballero?

Volví á encontrarme solo con mi amada,
la llama del amor ardió en mi pecho;
quise abrazarla y dijo:

—¡Hágame usted el favor de estarse quieto!

El hado bienhechor de los amantes
nos permitió otra vez volver á vernos;
la abracé y murmuraba:

—¡Aparta por favor, que tengo miedo!

Hoy que su corazon es todo mio
y puedo entrar sin orden del portero,
me dice á cada paso:

—Ten cuidado, mi bien, que pueden vernos.

LUIS TABOADA.

Vigo,—1873.

neo; la de Newton; la de Clarke; la de Keplér; la de Guilespie; la de Krause: *Alles ist in, unter und durch Gott*; la de Augusto Nicolas; etc., etc.,— viniendo á ser el Tiempo y el Espacio la causa inmanente de todas las cosas: *Deus est omnium rerum causa inmanens*,—como dice Espinosa,—puesto que sin el *Es Supremo* (Tiempo y Espacio) no es posible ni concebible *és* ó inmanencia alguna.

TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA,

LA INFANZONA DE MESÍA.

(CONCLUSION.)

IV.

Las dos rivales.

Juan Rodriguez del Padron hacia muy pocos meses que dejara la corte de don Enrique III de Castilla, volviendo á su pais donde á los pocos dias de su llegada, fué visto en un torneo por doña Laura de Riobó y amado con delirio por la misma. Nada nos proponemos relatar de la vida de nuestro gallego trovador, de quien tantas biografias se han escrito, por parecernos supérfluo; y así siguiendo el hilo de la crónica, les diremos que el jóven paje de don Juan II demasiado conoció por las miradas de la castellana de Mesía el amor que esta le tenia; pero enamorándose en aquel torneo de la belleza que le presentamos al lector en las ruinas de san Cristóbal, no correspondió á la viuda de don Vasco, detestándola cuanto más ella hacia por verle y hablarle de su afecto. Entónces doña Laura comprendió todo, comprendió lo que pasaba en el corazon del trovador ingrato á sus finezas; de modo que, cuando supo por un arquero de su castillo de Mesía, que todas las noches una muger saliendo de él con sigilo se dirigia á las ruinas á platicar con Juan Rodriguez, se alarmó tanto nuestra protagonista que determinó la muerte de su misteriosa rival. Gracias á la ambicion de su primo pudo conseguirlo.

Hallábase la vengativa doña Laura en aquel momento de truenos y de rayos, de amores y asesinatos, paseándose quedamente de un extremo á otro de su magnifico oratorio. Estaba encendida una de las preciosas lámparas de plata del pequeño altar, y al reflejar sus pálidos destellos en la melancólica faz de nuestra hermosa dama, bien fácil le fuera conocer al más torpe fisonomista la lucha de pasiones que martirizaban su corazon, y la impaciencia tan completa que se revelaba en sus miradas y alterados ademanes. Sin embargo, tal vez algunos hubieran interpretado estas señales de inquietud y afliccion por el terror que le inspiraria el trueno que retumbaba con espanto, ó el lúgubre silbido de los encontrados vientos entre las almenas de la torre.

Aquellos instantes de duda y de venganza; aquellos instantes en que una lucha de terribles pensamientos conmovia el alma de la infanzona, columbrando tan pronto un porvenir risueño como triste, debia ser un combate terrible, muy terrible, para aquella muger que amaba sia ser amada y que en

aquel momento creia hallarse vengada de su desconocida rival. En vano se esforzaba por fijar su pensamiento en un porvenir de goces y de amores; porque una pesadilla atroz la abrumaba de tal modo que no pudiendo sostenerse en pié, se desplomó sobre un sillón más triste y pensativa que nunca... aquella agitacion era superior á todas las fuerzas de su alma.

Hay horas en nuestra vida que nos creemos tan venturosos que no deseamos nada para completar la ventura que nos enagena: y sin embargo, sentimos aqui, en el fondo del alma, un pesar atormentador que por lo regular suele ser precursor de alguna desgracia. Pues en una de esas horas se encontraba entonces la señora feudal de Mesía, pretendiendo sofocar en vano aquel terrible dolor que le atarazaba el pecho. Se sentia feliz y padecía, tenia motivos para estar gozosa cual ninguna, por que se iba á ver vengada de una oculta rival, y de tiempo en tiempo alguna que otra lágrima deslizándose de sus ojos, atestiguaba lo contrario. Oh! tan sólo Dios comprenderia aquella contradiccion de sentimientos.—Y á pesar de sus cuarenta años, vista en aquel momento tendida con voluptuosidad sobre el lujoso campapé con los ojos clavados lánguidamente en el altar y tantos encantos en el rostro, cualquiera lo tomaria por una de esas creaciones celestiales, fantásticas, que ideamos en nuestras ilusiones, prontas a evaporarse á las miradas de los hombres...

La campana de la torre gótica de Mesía dió la una entonces, y como si fuera la señal convenida para una cita unos quedos pasos se oyeron cerca del oratorio. Al oírlos se levantó repentinamente doña Laura, corrió á la puerta y un hombre envuelto en una capa negra, bastante larga; ensopado de agua, con las facciones alteradas y el mirar de tigre, se presentó á su vista, entrando en la sagrada estancia, Nadie hubiera dicho que aquel era el pacífico hidalgo de Codesoso.

—Don Lope...? balbuceó doña Laura tendiéndole los brazos.

Y no pudo decir más porque el dolor que antes sentia se hizo más grande, lastimándole el corazon hasta el punto de no dejarla hablar, oprimiéndole la frente como si tuviera una corona de hierro.

El de Senra, como si adivinara lo que la infeliz señora iba á preguntarle, le dijo:

—Tomad, rayo del cielo; ahí la teneis...!

Y le presentó asida por los cabellos, una cabeza de muger que chorreaba sangre.

Se le arrebató la infanzona con frenética alegría, acercóse á la lámpara que alumbraba tan horrorosa escena, anhelando por momentos conocer quien fuera la rival por quien el trovador la habia despreciado; y devorando con sus chispeantes ojos las fac-

ciones de aquel rostro ensangrentado... ¡Dios mío! mi hija!... gritó aterrada, y con la más reconcentrada rabia.

Y un vértigo de dolor la hizo quedar en un paratismo tal, que dió consigo sobre el pavimento del oratorio, quedando tan inmóvil como la roca que se desprende de la cima de una montaña y rueda hasta la llanura.

V.

Conclusion.

Cuenta la tradicion que doce dias despues de esta sangrienta noche, los habitantes de la comarca rendian pleito homenaje á don Lopez Diaz de Senra, reconociéndolo por señor absoluto y pariente mayor de la casa solariega de Mesía, y que segun costumbre antigua, en la misma sala se encontraba el ataúd que contenia el cadáver del que dejaba de serlo. La que dormia allí el sueño de la eternidad era una muger rubia que aun despues de muerta parecia hermosa.

Tan luego como nuestro trovador supo la desastrosa muerte de su adorada, y conociendo que para él ya no podia haber felicidad en la tierra, tomó el hábito de fraile en el convento de san Francisco de Herbon que aun se conserva en la antigua villa de Ira Flavia, de donde era natural; componiendo entonces aquella cantinela suya que empieza:

Ham, ham, ham, huid que rabio...

la cual revela la profunda desesperacion que devoraba el alma del infortunado cuanto amoroso doncel; y la siguiente en que habla de Macias:

»Si te place que mis dias
yo fenezca mal logrado
tan en breve,
pleyase que con un Macias
ser merezca sepultado,
y decir debe
do la sepultura sea;
una tierra, los creó,
una muerte los llevó,
una gloria los posea.»

Cualquiera de nuestros lectores que tenga ocasion de pasar alguna vez por la mezquina puebla de Mesía, verá en frente de los desmoronados paredones de la torre, una humilde choza sin más ventana que una y en la que suele estar continuamente sentado el sastre de más nombradía en la comarca, el viejo Juan Galober. Este mismo montañés pretende ser descendiente del conserge de la torre que tambien tuvo su parte en esta crónica, y no hay forastero ni comarcano que le pregunte algo sobre ella á quien no se la cuente el tal cronista de todos los sucesos de la jurisdiccion, poniendo como el hombre más honrado del mundo á su difunto antecesor: y añadiendo además que todas las noches, una cabe-

za ensangrentada de muger [se agita entre sus sombras; rodando por los escombros, brillando como un meteoro á fuerza de ser tan roja, y cuyos ojos de fuego hielan de espanto y penetran en el corazon haciendo caer á uno muerto de terror.

BENITO VICETTO.

Madrid, 1845.

LA CARTA.

(A...)

Despues de leer el sobre
le rompiste con temor;
y el pliego en tus manos blancas
sin que quisieras... se abrió.

Estabas pálida é inmóvil,
y con apagada voz,
(temiendo que alguien te oyera)
leíste el primer renglon:
«Prenda del alma, decia,
tu hermosura es mi ilusion,
es mi vida tu cariño,
y mi esperanza tu amor.»

Doblaste el pliego, y entónces
con delirio arrobador,
le guardaste en tu albo seno
al lado del corazon.

Un dulcísimo suspiro
tu tierno pecho exhaló,
y agitó tu cuerpo inmóvil
una leve combulsion.

A un espejo te miraste,
viste desierto el salon,
y una angelical sonrisa
en tu faz se dibujó.

¿Por qué al mirarte al espejo,
si nadie tu paz turbó,
tus blanquísimas mejillas
se cubrieron de rubor?

ROGELIO CIBEIRA.

Orense - 1873.

CUADROS DE LA HISTORIA DE GALICIA

COLONIAS GRIEGAS EN GALICIA:

su historia y su influjo bajo los aspectos
económico y social.

SEGUNDA PARTE.

(Continuacion.)

HISTORIA DE LAS COLONIAS GRIEGAS EN GALICIA.

VI.

*Nueva fase religiosa: los dioses Cabiros; templo
de Caabeiro.*

Aunque griegos todos eran ya los mismos, así
las familias que llegaban á Galicia por mar, como

las que ántes del suceso de Troya llegaron igualmente?

Los mismos eran, como pueblos oriundos de una region; pero cuando el trascurso de los siglos, imprime á un mismo pueblo casi diferentes usos y costumbres, y hasta habla—porque todo se modifica y está en una renovacion constante en el Tiempo y el Espacio,—no debemos estrañar que desintieran unos y otros en mucho, aunque en el fondo fueran *un sólo pueblo*, el pueblo griego. Negar esto, sería negar las leyes del progreso en artes, ciencias, religion, legislacion, todo.

Una evidencia de cuanto acabamos de manifestar, nos la dá nuestro mismo territorio, como resultado de la *nueva* colonizacion,—respecto á la segunda fase religiosa de los colonizadores griegos en Galicia. No es decir, con esto, que todos adjuraran de su adoracion al sol desde entónces, pues siguió lo mismo en nuestras comarcas del oeste; pero si que la tradicion del pais y la misma historia patentizan que, á consecuencia de estas nuevas colonias griegas, el politeísmo misterioso del Asia penetró en el territorio galaico.

Al profundizar las tinieblas de los siglos para ilustrarnos é ilustrar á la vez á la generalidad, vemos que así como en las primeras colonias griegas del pais nos iluminó como un faro el templo ó *ara al sol* de Finisterre,—ahora nos sale al encuentro el templo de Caabeiro, y con él los dioses *Cabyros*, dioses puros de la teogonía griega.

El templo gentilico de Caabeiro en nuestras montañas inmediatas á la griega villa de Neda, elevado en honor de los dioses *cabyros*, nos prueba que las nuevas colonias helénicas importaron esta religion de la Samotracia. Varias son las versiones sobre el culto que se rendía á estos dioses,—y sobre su origen están discordes los autores antiguos y modernos. Unos sostienen que el nombre de *Cabyros* comprendia muchas divinidades misteriosas; otros entienden que son los dioses penates, importados por Eneas á Italia; otros suponen que eran las deidades que presiden á la muerte; otros que los dioses *Cabyros* son los Curetas, Coribantes y Dáctiles; y otros que son dioses verdaderos, hijos de Vulcano y de la ninfa *Cabira* ó de Júpiter; conviniendo, sin embargo, en que los pelasgos los importaran en la isla de Samotracia.

Respecto al número de estos dioses cabiros, la opinion más admitida los reduce á tres: Pluton, Proserpina y Mercurio; y aunque muchos anticuarios sólo admiten dos, Júpiter y Baco, es lo cierto que los sacerdotes de la Samotracia contaban cuatro: Axieros, Axiocersa, Axiocersus y Casmilus, que confundan con Pluton, Proserpina, Céres y Hécate.

Las fiestas *cabirias* se celebraban con tanta solemnidad como en los pueblos en que se instituyeran. Los de Italia invocaban los dioses cabiros en sus infortunios domésticos; la gente de mar les hacian votos cuando corrían tormentas, y las viudas entonaban los orfelinos durante las ceremonias fúnebres. En opinion de varios autores se practicaban actos obscenos en estos cultos misteriosos; más semejante juicio es enteramente erróneo. Procedían en la *iniciacion* de las Cabirias pruebas terribles y espantosas: hechas éstas, el iniciado por el *kronismos* era colocado sobre un trono radiante de vivisimas luces, llevando una banda de púrpura ceñida al cuerpo y una corona de oliva en la cabeza; mientras que en su redor los sacerdotes y demás iniciados giraban en danzas simbólicas.

Tal es lo que sobre los dioses cabiros nos refieren los escritores;—y nosotros no vacilamos en historiar que el famoso templo cristiano de *Caabeiro*,

situado en un lugar sumamente profundo y sombrío orillas del Eume, debe su origen á nuestros colonizadores griegos, pues su denominacion y el paraje en que se halla no pueden ser más gráficas. No busque, sin embargo, el anticuario en las ruinas de la colegiata cristiana, como nosotros hemos buscado, señales evidentes del primitivo templo; pues el catolicismo puso sin igual empeño en borrar con sus fábricas las de los gentiles, sin dejar una sola piedra característica, signo alguno.

En comprobacion de nuestras afirmaciones, oigamos á Vereá y Aguiar, pues dice sobre esto:— «Volviendo á nuestra Galicia, ¿qué memoria *más clara* puede presentarse de origen griego que el nombre de Caabeiro, que tiene un pais cerca de Puente de Eume? En la Samotracia habia los dioses *cabyros*, en cuyos misterios fué á iniciarse Cadmo, y extendió este culto y el de los demás dioses de la Fenicia por los países que dominó. No solo el nombre de Caabeiro, que tenemos con el diptongo griego, sino tambien el sitio de la muy antigua colegiata que se conoce con aquel nombre, asegura este origen. Segun los misterios de la antigüedad gentilica, no podia escogerse un lugar más á propósito para su falso culto: es tan profundo, que no se ve desde allí sino el cielo. La colegiata está sobre un peñasco rodeado enteramente de un rio que se pasa por un puente; y á pesar de la elevacion que tiene este peñasco, en vano se intenta divisar el mundo, alzando desde allí la vista. El haberse establecido en aquel punto un templo cristiano, que hay señales de haber sido de templarios, despues de otro más antiguo, es la mayor prueba, junto con el nombre de Caabeiro, de haber estado en aquel sitio el culto de aquellos falsos dioses, pues sabemos que la iglesia tuvo la política de establecer los templos del verdadero Dios en los lugares más célebres de la idolatria, para borrarla fácilmente con la concurrencia más pública de los fieles.»

VII.

Incremento de las poblaciones coloniales: cronologia de ambas colonizaciones: regreso de los galos al pais: fusion galo-griega: la Galogrecia, Galiega y Galaici de los romanos, hoy Galicia.

Que á consecuencia de estas nuevas colonias griegas en Galicia, aumentaron las poblaciones en su plano, surge del mismo hecho: no hubo ensenada, pequeña ó grande ria en la orla poética de sus costas, que no reflejara en el cristal trémulo del mar su agrupacion de casas. Entónces, pues, aparecen más determinadamente en el horizonte de la historia patria, la fundacion de Tuy, Pontevedra, Erizana (Bayona) (1), Amfioquia (Orense), Neda, Sada, la Guardia, Ares, Noya, Lézaró (Santa María), Abobriga (Rivadavia, que nombra Plinio, de origen griego), Antioquia, Samos, etc,—particularmente este último nombre se deriva de Samios, y el territorio de Samos en Galicia es famoso por los vestigios de sus ruinas en el despoblado de *Coeda*, cerca de Sarria, donde se encuentran piedras labradas como de edificios;—lo que prueba que; así como las primeras colonias solo se asentaron en la costa oeste, estas otras no solo fundaron en élla más y más poblaciones, sino que las fundaron en el interior del pais, estableciendo comercio por mar con los tartesios y los griegos del Mediterráneo, renovando de este modo la sangre ó vida helénica en

(1) Llamóse Erizana en recuerdo de la ciudad de Erizana en Tesalia, que los latinos denominaron *Ericinium*.

Galicia. Decididamente, á este período histórico de las colonias griegas en el país, deben corresponder estas palabras de San Jerónimo: «Léamos los libros de las antigüedades de Varron, de Titinio Capiton, del griego Flegonte y de los demás autores más eruditos, y veremos que casi todas las islas y riberas y tierras de todo el orbe vecinas al mar, están ocupadas de habitantes griegos, los cuales poseyeron todos los lugares marítimos desde el monte Amanu y Taurus hasta el océano Británico;»—palabras que arrojan torrentes de luz histórica sobre estas páginas que trazamos en la noche de la humanidad.

Abarcado ya el cuadro de las colonias griegas en Galicia, condensando en él lo único característico que puede perfilarse, atendida la lontananza; concentrado, en fin, en la pequeña cámara oscura de un bosquejo, lienzo tan lejano, incoloro y deteriorado por los siglos,—cúmplenos ahora trazar su marco ó dimensiones cronológicas, pues sin esto sería nuestro trabajo una realidad informal, en atención á que prescindir de la cronología en materias históricas, es tanto como pretender fijar algo gráfico y de trascendencia en la arena móvil del desierto. Y esto, que se cree tan difícil con referencia á períodos pre-históricos, no lo consideramos así, por el vuelo que han tomado los estudios relativos á las evoluciones de las razas en el plano del mundo.—Las colonias griegas, pues, que llegaron á nuestro region *antes* de la guerra de Troya, es indudable que lo verificaron en el año 1400 anterior al nacimiento de Jesús, porque entónces fué cuando terminó la explotación tiria en nuestro litoral para arraigarse en el litoral vírgen de Inglaterra y el Báltico (1). Las que aportaron despues de la catástrofe de Troya, se fija por los historiadores en el año 1180 anterior tambien al nacimiento de Cristo,—prevaleciendo la colonización griega en el país hasta el año 900 de la misma era, en que se verificó la irrupción de los galos.

De esta irrupción de galos, ó celtas de las Galias—que muchos confunden indebidamente con la entrada primitiva de los celtas en Galicia, siendo así que de Galicia salieron á poblarlas siete ú ocho siglos ántes,—nos habla estensamente Estrabon (lib. 3), donde refiere la inundación de Antiochia, hoy lago Bœlion ó de la Limia; fusionándose los invasores con los habitantes del país.

De la fusión verificada entónces entre los céltigos indígenas y los griegos colonizadores, y los céltigos ó galos recién venidos á la region,—es tambien indudable, á juicio de respetables historiadores, que nuestro país tomó el nombre de Galo-griega, ó *Galiaga* (2) y *Galaici*, como por último la denominaron los romanos, y en nuestros dias es conocido por Galicia;—prevaleciendo esta anexión de razas aun más de cuatro siglos despues—440 ántes de Jesucristo—en que aparecen los cartagineses explorando nuestras costas, y siguió prevaleciendo hasta la conquista y dominación del territorio [por los romanos, que coincidió con el nacimiento del hijo de Maria y del carpintero de Nazareth.

(1) Cantú (pag. 234), nos da á los pelasgos ocupando todo el país que está entre el Arno y el Bósforo, en 1.800 ántes de nacer Jesucristo.—Raoul—Rochette nos los presenta colonizando la Tesalia, Tarso de Cilicia, Fegea, Micenas y Esparta, uno y dos siglos anteriores á esa fecha. ¿Qué mucho, pues, que seis siglos despues de esta última fecha, aparecieran en el fin del mundo (entónces Finisterre) para ver al sol apagarse en sus olas?—Con esto, conciliamos su aparición en él, con la cesación de la explotación tiria.

(2) *Galo-grecia, Galecia, Galaici, Galicia.*

Un amigo nuestro—consumado filólogo ó etimologista—hace derivar la voz de gallego de las dos afirmaciones románicas: *Galo ego*, ó lo que es igual *Galo, yo; Celta ego, (Céltigo),* ó lo que es igual *Celta, yo.*

Algo más pudiéramos abarcar del período histórico *Colonización griega* de Galicia; pero espéranos en seguida la condensación ó síntesis de otro estudio, que constituye el tema esencial de este trabajo, como *consecuencia* que se anhela de cuanto acabamos de trazar históricamente. ¿Tendremos fuerzas para acometerle? Ah! lo que se exige, es más de inspiración que de historia; es más de intuición que de datos, por mucho que haya que fundarse en estos. Cuando el cuadro económico y social de Galicia, *nueve siglos despues* del nacimiento de Jesús, no lo ha bosquejado aún la Historia de España! cuán difícil no será trazar ese mismo cuadro *nueve siglos ántes de nacer* Jesucristo!—Y sin embargo, no nos arredra el estudio que vamos á emprender.

Por lo mismo que no se ha bosquejado siquiera, por lo mismo lo abordamos;—confiando en que Dios nos ilumine tanto, cuanto amamos á nuestra patria!—Abordémoslo, pues, en honor *de Galicia, por Galicia y para Galicia.*

BENITO VICETTO.

(Se continuará.)

ROJIN ROJAL.

(Continuacion.)

V.

LA CITA.

Maldito sea el punto y hora
que al mundo me dió mi estrella:
pechos que me dieron leche,
mejor, sepulcro me dieran.

(ROMANCIERO.)

En vano quiso el regreso
del conde al paje oculto;
inútil fué que no entrara
en su castillo feudal
hasta que el orbe sumido
quedó en densa oscuridad.
A aquella hora, ginete
en un brioso alazán,
sobre su cuello encorvado
y mirando aquí y allá
con expresión recelosa,
de Laura el gentil galán,
prudentemente advertido
por un confidente ya,
se aleja por las vertientes
del Bremao, colosal—
mente que del Noguerosa
frontero y próximo está.
Laura, ignorante de todo,
le espera llena de afán,
dispuesta á huir en sus brazos
de aquella mansion fatal,
testigo de sus desdichas;
y cuenta con ansiedad
los instantes que trascurren,
midiendo con desigual
paso su estancia, prision
que presto abandonará.
Tal cree; y esta creencia,
única luz que brillar
ve en las tinieblas que cercan
su vida, tranquilidad
le proporciona y alegres

pensamientos á la par.
Empero, con impaciencia
espera á aquel que leal
considera, y que en peligro
la abandona sin pesar.
Ya se reclina indolente
en un cómodo sitio,
dejando á su fantasía
caprichosa divagar,
ya súbito se levanta
y al ajimez rauda va,
interrogando afanosa
la imponente oscuridad
de la noche. Ni una estrella
rasga el lóbrego cendal
de nubes que el cielo oculta.
Sólo se oye el rebramar
del océano, que acaso
presiente la tempestad;
y la alta cumbre del monte
y la fortaleza están,
inspirando horror, sumidas
en silencio sepulcral.

En otro aposento el conde
con no menor ansiedad,
al tiempo culpa de tardo;
y acaso vuela fugaz.
Cubre su rostro sombrío
densa palidez letal,
y en sus grandes ojos negros
brilla un fuego singular.
¿Y el alma? exclava sumisa
del réprobo Satanás,
ódio funesto respira;
y es tan cruento su mal
que la tierra donde vive
la juzga infierno quizá.
Sed de sangre le devora,
la venganza es su ideal,
y esta idea no se aparta
de su memoria jamás.—
Levántase de repente,
ya cansado de esperar,
y al aposento de Laura
lenta y cautamente vá.
Detiéndose en el dintel,
alza el tapiz, y... ¡Fatal
momento!... Un rayo de luz
de la luna, que rasgar
pudo las densas tinieblas,
cual ansiando presenciar
tal vez el crimen horrendo
que allí se consumará,
por el ajimez penetra,
y á su hermosa claridad
el conde divisa á Laura
reclinada en un sitio.

Rojin en tanto trémulo, sombrío,
espera al caballero de Guimil,
y aunque procura sostener su brio,
se extremece de horror el infeliz.

La densa oscuridad que le rodea
acrece su pavor, su terror;
pero el fantasma por do quier ondea
de aquel su inmenso, despreciado amor;
y esta terrible imágen, que aparece
cual mudo espectro del pasado bien,
domina su terror, y el odio acrece
que hierve oculto en el feroz doncel.

Con fuerza empuña su puñal buido,
dispuesto á herir á su feliz rival
cuando, en alas de su ansia conducido,

venga, y acuda Laura á la señal.

Pero las horas pasan lentamente,
quizá la media noche ya pasó,
y sólo los murmullos del ambiente
turban aquel silencio aterrador.

Levántase Rojin en tal momento,
y al mirar con afán al ajimez,
le asalta un repentino pensamiento,
que acoje al punto lleno de placer.

«Laura—murmura—sin igual cariño
sumiso te brindó mi corazón:
tú despreciastes al humilde niño
que inspirarte no pudo compasión.

«Y surcó sus mejillas triste llanto,
y tú correr lo viste sin piedad,
y sin piedad miraste su quebranto,
y le dejaste en honda soledad.

«Más él juró tomar de tí venganza,
tu soberbia humillar y tu altivez,
y hoy á la empresa que intentó se lanza,
y á ser objeto de tu amor también.

«La oscuridad protege mis intentos...
yo ya no soy el pajecillo vil...
yo vengo á poner fin á tus tormentos...
yo soy el caballero de Guimil»...

Y con feroz sonrisa, diestramente
una gran piedra arroja al ajimez,
que al rudo choque vibra sordamente,
y hace al conde y á Laura estremecer.

La dama exhala un grito de alegría,
y al ajimez se lanza la infeliz,
agena á que con lúgubre ironía
la observa el conde oculto en el tapiz.

Ata la cuerda y la abandona al viento,
y al punto con arrojo singular
trepa el paje por ella al aposento,
y se dirige á Laura sin hablar.

Y cual de su pasión en loco exceso
estréchala, y con férvida avidez
sella en sus labios un ardiente beso,
el primero y el último tal vez.

Al ver el conde penetrar osado
el que cree caballero de Guimil,
allá en la oscuridad murmura airado:
«sin duda pereció mi fiel Rojin!»

Y en la estancia veloz se precipita,
blandiendo ferozmente su puñal,
y en el rencor tremendo que le excita,
se lanza hácia Rojin sin vacilar.

Cree el doncel que al fin el caballero
llegó á la cita y hasta allí subió,
y ardiendo en celos, se revuelve fiero,
como entre zarzas juvenil león.

Su amada al ver que intrépido adelanta,
la daga en mano, en actitud mortal,
quiere mover su temblorosa planta,
y cae desmayada en el sitio.

A la manera que rujiente baja
del alto cielo el rayo asolador,
que los añosos árboles desgaja
con espantable ruido atronador,

asi Rojin en su fatal despecho
avanza con no vista rapidez,
y hierde al conde en la mitad del pecho,
y por el conde herido es á su vez.

Un grito horrendo, grito que retumba
del castillo en el último confín,
y en las vertientes de los montes zumba
cual queja amarga de dolor sin fin,

hiende el espacio, y presto los criados,
cuyo ligero sueño interrumpió,
acuden á la estancia alborotados
con antorchas de lívido fulgor.

Apénas, las tinieblas disipando,

trasponen presurosos el umbral,
exclamaciones de terror lanzando,
retroceden en giron desigual.

¡Qué espectáculo ofrece el aposento!
Herido, ensangrentado su señor,
pronto á exhalar el postrimer aliento,
se agita en convulsiones de dolor.

Laura, privada de sentido; el paje,
vacilante, apoyado en la pared,
mirando en torno con furor salvaje,
cubierto de espantosa lividez:

En la mano el puñal ensangrentado,
y ensangrentado el suelo en derredor,
y el rostro y el mirar descajado
del conde, y de su pecho el estertor...

Los ángeles de Dios que amantes velan
acaso sobre el misero mortal,
horrorizados hácia el cielo vuelan,
mientras sonrie alegre Satanás...

Al ver Rojin á su señor herido,
su irreparable error al comprender,
avanza un paso, de dolor transido,
y tiembla sin poderse sostener.

Espantados dilátanse sus ojos,
agítanse en las órbitas, sin luz,
y al suelo en fin, desplómase de hinojos,
de abatimiento y duelo en actitud.

Tiende hácia el conde sus crispadas manos,
prorrumpen en alaridos de dolor,
é inútiles esfuerzos sobrehumanos
hace, infeliz, para implorar perdon.

Con apagado, tembloroso acento,
alzando el conde la sombría faz,
y ávido recorriendo el aposento
con su vidrioso, lúgubre mirar:

«Rojin—exclama—atroz es tu destino;
cruel contigo se ha mostrado Dios,
pues permitió que fueras mi asesino
y tú no sabes... que tu padre soy!...

—¡Mi padre!!!...

—Si... tu padre, que, afanoso,
viendo en tí su heredero y su sosten,
de poder y riquezas ambisioso,
vil asesino del de Andrade fué...

Ora que siento de la muerte el hielo
ya por mis venas lento discurrir,
y busco en vano con mi vista el cielo,
que inexorable apártase de mí;

Que al fin de Dios ante el excelso trono
á ser juzgado prontamente voy...
hijo mio, mi muerte te perdono...
para tu padre implora compasion»...

Y reclinando la abrumada frente,
por la postrera vez mira á Rojin,
se extremece, se agita débilmente,
exhala un triste ¡ay!, y muere, en fin.

El paje inmóvil, la razon perdida,
lácio el cabello, lívido el color,
murmura sordamente:

—¡Parricida!...

¡No hay para mí consuelo ni perdon!...

VI.

CONCLUSION.

Victima de cruel remordimiento,
llorando su terrible desventura,
á Dios volvió la dama el pensamiento,
y el mundo abandonó por la clausura.
En las estrechas celdas de un convento
palideció la flor de su hermosura;

más su transido corazon en tanto
purificaba el fuego de su llanto.

Jamás del de Guimil tuvo noticia,
y procuró borrar de la memoria
su recuerdo, que fuera su delicia,
y de su triste amor la triste historia.—
Con una rica-fembra de Galicia
unido en lazos de virtud notoria
la tradicion al de Guimil presenta,
y que á Laura olvidó tambien nos cuenta.

Y diz que loco el paje recorria
las selvas del agreste Noguerosa,
y de los hombres espantado luía
con increíble rapidez pasmosa.
Hoy, cuando muere en occidente el día,
vése vagar su sombra pavorosa
y un alarido de dolor se escucha
en la funesta *Sala de la lucha*.

Y diz que alguna vez el viajero
en el castillo penetró alentado,
y el eco oyó sentido y lastimero
del suspirar del paje desgraciado.
Y por el ajimez le vió ligero
entrar, y en un extremo replegado
de aquel sombrío, lóbrego aposento,
mirar con avidez el pavimento.

Y en aquel punto á do el doncel miraba
una rojiza mancha se advertia,
que elocuente tal vez le recordaba
del conde de Roade la agonía.
Cuando la luz crepuscular brillaba,
como ténue vapor desaparecia,
volviendo á verle en el enhiesto monte
destacarse del límpido horizonte.

Esta historia pasó de gente en gente
y fué por donde quiera referida.
La canta en sus murmurios el ambiente
y el ave que en la torre audaz anida.
Y no cabe dudar: fiel y evidente
es la historia del hijo parricida:
la tradicion lo afirma y lo pregona;
la sombra misma de Rojin lo abona.

SEGISMUNDO GARCÍA CASTRO.

Ferrol, 1875.

SEMBLANZAS GALAICAS CONTEMPORÁNEAS.

EL GENERAL DE MARINA DON FRANCISCO MOURELLE Y LA RUA.

I.

Entre los ilustres hijos de Galicia, que figura-
ron con notable nombradía por su arrojo y pericia
náutica en la última época del poder naval de Es-
paña, ocupa un preferente lugar don Francisco Mou-
relle. Nació el 21 de junio de 1753 en el puerto de
San Adrian de Corme, enclavado dentro de la ac-
tual demarcacion civil de la provincia de la Coruña.
Fueron sus padres don Domingo Antonio Mourelle
y doña Andrea de la Rua. Sin embargo de ser el
primero descendiente baron del solar de la casa
y torre de Mourelle, sita en la feligresía de Mon-
toute; y la segunda de la casa de la Rua, estableci-
da en el Castro de Pantiñobre, la fortuna reducida
de que disponian, no les permitió dedicar á su hijo

al cuerpo general de la Armada, en clase de guardia marina. La época de su nacimiento era la de la restauracion de la marina militar bajo las bases que habian dejado trazadas los *Patiños* y *Ensenadas*: el entusiasmo, siempre creciente en la opinion pública en favor de la marina, fué tomando mayores proporciones, á medida que el continuo lanzamiento de bajeles al mar, que producian nuestros nacientes arsenales, y los triunfos que alcanzaban en los combates navales, desarrollaban nuestra grandeza y prosperidad en las más remotas tierras. No era, pues, de extrañar la afición del jóven, que habia visto la primera luz en un puerto de mar, á la carrera que le abriria las puertas de un brillante porvenir. Los padres de uno de los descendientes de las casas de Mourelle y de la Rua, tuvieron que resignarse por falta de recursos, á que su hijo entrase á servir en el antiguo y benemérito cuerpo de pilotos de la armada, que existió hasta el año de 1846, por ser el más asequible para las fortunas; pero ésto no impidió que don Francisco Mourelle y la Rua, llegase á obtener la elevada gerarquía de general de la marina militar; porque el mérito verdadero, con constancia y fuerza de voluntad, se abre comunmente paso por entre las preocupaciones y costumbres de la sociedad.

II.

Principió á servir en el cuerpo de pilotos en 1.º de noviembre de 1768, haciendo diferentes viajes á Puerto-Rico, Veracruz y Trinidad de Barbovento; reconociendo los montes en la Guayana y levantando los planos de la misma. Destinado en 1.º de marzo de 1775 de primer piloto y segundo comandante á la goleta *Sonora*: formó este buque parte de la expedición que en dicho año zarpó del puerto de San Blas para emprender el viaje de descubrimiento de la costa N. O. de las Californias, hasta la mayor latitud posible; tomando Mourelle una gran parte en las conferencias de las juntas de oficiales habidas en aquella científica expedición, y sufriendo todos los riesgos y aventuras que ocurrieron á su pequeño bajel, que perdió parte de su reducida tripulación á manos de los naturales, en un desembarco que practicaron para hacer aguada en una isla. En aquella época no habia efectuado aún sus viajes el célebre Cook, y era casi desconocida en tal altura el continente americano; pero el valor y los conocimientos científicos de dichos exploradores, superando obstáculos, privaciones y peligros, les abrió camino hasta los 58º, punto de latitud á donde no habia llegado europeo alguno. Un fuerte temporal, que diezmo la tripulación de la goleta, hasta el punto de quedar reducida á un guardian y dos marineros, les obligó en tan angustioso estado á desistir de subir á mayor altura; emprendiendo su regreso al puerto de Monterrey, con la gloria de haber sido los primeros que hasta aquella época recorrieron la mayor parte de dicho continente. El gobierno español se penetró de la importancia de tales descubrimientos; pero celoso de la ambición de los ingleses, tenia por pensamiento ocultar los frutos de dichos viajes; resultando privados nuestros marinos del justo renombre á que se hacían acreedores, por la oscuridad á que les reducía la

política suspicaz que presidía á todas las operaciones que se mandaban practicar en las posesiones de América. Sin embargo, el *Diario de navegacion* de Mourelle fué despues publicado en Lóndres por Mr. Bamington, causa que obligó á aquel á corregirlo y aumentarlo, con una introduccion interesante é ilustrada, para contestar al mismo tiempo á ciertas observaciones del editor del tercer viaje del capitán Cook, comparando las investigaciones de los españoles con las del célebre navegante.

Dos expediciones más verificó Mourelle con igual objeto de exploracion al N. O., navegando en una de ellas de alférez de fragata y segundo comandante de la fragata *Favorita*, y llegando hasta los 62º de latitud.

III.

Con motivo de la guerra salió en 1779 embarcado de segundo comandante de la fragata *Princesa*, conduciendo tropa, municiones y caudales á las islas Filipinas; y habiendo tomado despues el mando de dicho buque en 1.º de agosto de 1780, emprendió su regreso desde el puerto de Sisiran en 21 de noviembre del propio año. En febrero de 1781, el estado de los víveres y aguada, destruida en su mayor parte, por la multitud de insectos que la vejez del buque hacia producir de sus maderas, le colocó en el duro trance de no poder continuar su navegacion al puerto de *San Blas*, ni arribar á Manila, ú otro punto, por la distancia grande en que se encontraba. La tripulación que veia disminuir por momentos los medios de subsistencia, habia caído en el abatimiento profundo que acompaña siempre á estas situaciones desesperadas; pero Mourelle, guiado de su espíritu emprendedor, abandonó su derrota, corrió al Sur de la equinocial; y sin cartas que le hicieran conocer aquellos lugares, y fiándolo solo á la vigilancia perpétua que exige la navegacion de mares intransitables, buscó algunas islas en medio del desconocido océano y consiguió al fin su objeto: el día 26 de dicho mes vio unas islas; reanimose la tripulación, pero al aproximarse á ellas reconoció el estado de pobreza de sus naturales y la aridez del terreno, y determinó abandonarlas: al trazarlas sobre su nuevo derrotero les dió el nombre de la *Amargura*. Apoderóse de nuevo el abatimiento en la tripulación y Mourelle emprendió con mayor ahinco sus descubrimientos, prosiguiendo su rumbo hácia el Sur: al día siguiente descubrióse otra isla de un bello aspecto; pero los vientos flojos y escasos no le permitian aproximarse: la llegada de algunas canoas con cocos y plátanos, que los naturales vendieron á los marineros, remedió por el momento las necesidades de éstos, estableciendo una relacion desnuda de todo recelo. Los bordos que Mourelle hizo repetir sobre la isla, le descubrieron otras varias, y el día 4 de marzo pudo conseguir dar fondo próximo á la tierra. Durante el tiempo que permaneció el buque cerca de las islas, llegaban diariamente á su bordo canoas de los habitantes, con lechones, gallinas, plátanos y cocos, que cambiaban á los marineros por hachas, azuelas y otros instrumentos cortantes; estableciéndose tales relaciones y buena fé en los contratos, que el jefe de aquellas tribus, llamado *Lataii*, fué á

visitar el buque español. Concluidas las provisiones de refresco y aguada, salió de aquel punto el 18 de marzo, dando al conjunto de las islas el nombre de Mayorga, que hoy se sustituye en las cartas con el de Vavoa, y al puerto, que está formado por tres islas, le denominó Puerto del Refugio. Continuó su navegacion hasta el 3 de abril; pero las angustias volvieron á apoderarse de la tripulacion al ver la podredumbre del pan; mal que llegó al extremo de que en dicho día únicamente habia cuarenta arrobas que pudieron utilizarse. El terror se apoderó del ánimo de Mourelle, despues del reconocimiento que se hizo; pero evitó la demostracion de este sentimiento para no acabar con la poca esperanza de su gente: dispuso suspender la racion de pan, suministrando en su lugar una pequeña cantidad de raíces de las que habian recibido de los indios, añadiendo carne salada y arroz, para conservarles la vida hasta ponerse en disposicion de poder socorrerlos: partió con ellos su mismo rancho, y reservó para el último extremo las cuarenta arrobas de pan, que miraban como cosa sagrada. Hallabase la fragata á 1760 leguas del Perú, y 1240 de la isla de Guajana en las Marianas, y en junta de oficiales se acordó la vuelta á dicho punto, por si podian tomar algun socorro en las islas de Mayorga. Aunque con dolor, aceptó Mourelle esta accesoria y última resolución; y despues de navegar con vientos variables, anclaron el 31 de mayo en la capital de las Marianas. El fausto de ese viaje fué descubrir más de veinte islas, á las cuales puso los nombres que hoy reconocemos en las cartas, y visitar otras ya descubiertas, como las islas Verdes, que llamó de los Caimanes. Obtenidos en la isla de Guajana los socorros precisos para continuar su navegacion, emprendió el 20 de junio su vuelta á Nueva-España, á donde arribó al puerto de San Blas el 27 de setiembre, sin que la peste que les amenazaba le hubiese ocasionado la menor desgracia.

JOSÉ MONTERO Y AROSTEGUI.

(Se continuará.)

UN ÁNGEL.

¿Dónde naciste? En la abrasada zona que el sol de Cuba con sus rayos besa; donde al aire meciendo su penacho escala el cielo la gentil palmera?

¿O en el jardín de Italia, donde un día se exhalaban del Dante las querellas y en donde Miguel Angel y el Ticiano gastaron el color de sus paletas?

¿Viste al nacer el sol de mi Galicia, que con su luz esmalta la pradera, cuyos tapices de verdoso musgo lamen la plata de sus hijas bellas?

¿Acaso del Oriente las huries arrullaron tus sueños de inocencia y los rojos corales de tus lábios movieron las plegarias del Profeta?

¿De tu niñez en los instantes puros llevaron hasta tí sus dulces quejas las mismas olas que enturbiara un día del argonauta la ambiciosa vela?

¿Dónde naciste? Para hechizo tanto es pobre cuna la orgullosa Iberia; las brisas del Oriente, seductoras no merecen besar tu cabellera.

No dió sonos la lira del Petrarca como tú voz, que amante me enagena; ni iguala á tu contorno el de la virgen que en el lienzo Múrrillo trasmitiera.

No es más blanca que tú, no es más hermosa en el jardín cubano la azucena, ni te pudo crear en sus delirios la mente soñadora del poeta.

Mas puras que los rayos de la luna que sobre el lago azul se balancea, son tus miradas la expresion divina que á Dios el alma, en su delirio, acerca.

Yo te miro gentil, arrobadora, cruzar errante la anchurosa esfera, robando al cielo sus azules galas para adornar tu angelical belleza.

En aéreo carro, nacaradas nubes de mis miradas más allá te llevan... y medices ¡adios!... ¿Por qué te marchas?... ¡Ya sé donde naciste, virgen bella!

Lo ví en el rastro que dejó tu imágen escrito allí con brilladoras letras; no estaban tus amores en el mundo... ¡Tú naciste detras de esas estrellas!

VICTORINO NOVO Y GARCIA.

Madrid—1875.

TIPOS POPULARES DE GALICIA.

EL CANTERO.

(Conclusion).

Concluida la temporada artística volvía en lo antiguo el cantero á compartir anheloso los trabajos rústicos con su esforzada consorte; alborzábase al ver las proezas agricolas que comeliera, entregada á sí misma y á su temporal viudez; miraba como sagrado el producto del trabajo femenino y, abriendo la bolsa de sus jornales, pagaba silencioso pero contento, en dinero, á valores, las rentas dominicales que la actualidad exige en especie, mucho más si han sido convertidas en bienes nacionales. ¡Debe ser rico el cantero! No sé que se ha hecho su tesoro de antaño; lo cierto es que si bien la ausencia marital es ahora doblada, la pobre muger presa de apuros, rodeada de hijos, atormentada por toda clase de contrariedades, repone, entre sollozos: que ni contemplarle le es dable ogaño. ¿Pues qué, cuidada muger, tanto se ha petrificado el corazón del ambulativo cantero, que así desoye los lamentos de su consorte, el llanto desgarrador, desesperado, de sus hambrientos y desnudos hijuelos? «¡Ah, señor, nos responderá en su dialecto; que las lástimas, por lagrimables que fueren, si matan de cerca, ni aun hieren á lo lejos!»

—Pues ¡hombre! ¿no hay en Cuntis casas muy regulares?

—¡No te enfades, lector; no te inquietes! que están prontos á decirte su pertenencia bañeros, hidalgos, capitalistas estraños y posaderos. Importa poco el ejemplo, que tal cual morigerado y juicioso cantero ofrece en su modesto bienestar á la dilapidadora generalidad. «Nuestros hijos .. ¡que lo ganen!» es por lo visto una máxima hoy día universal. Pocos lineamientos bastarán á figurarte la planta del comun derrochamiento. No sé si, cual á mí, á tí te habrá acacido el hallarte en el *circo de recreo*, una de las existencias urbanas más en boga y más protegida por nuestro siglo, siglo á que no te haré, lector ilustrado, el disfavor de creer dejes de exhornarlo con la antonomasia «de las luces! *Circo*, hay para las aristocracias de sangre, de talento, de saber y suposicion social. Los artistas tienen *Circo*. ¿Cómo, pues, los canteros habian de carecer de *recreo*? No hay más diferencia que la de haber dado el vulgo en cambiar para ellos el nombre de circo por el de taberna. Cuando la noche, desatando los ordenados lazos del deber, envuelve en tinieblas las contumelias de los hombros; tambien el cantero, que no siempre gusta de acostarse con las gallinas, si no juega á los trucos, tira de la oreja á Jorge; si no toma café ó helados, beve del tinto del Rivero de Valdehorras, Valdepeñas ó Catalan; y sabido es que el idólatra de Basco concluye casi siempre por ser romero al templo de su amigo, la diosa de la hermosura y de los placeres.

JOSÉ DOMINGUEZ IZQUIERDO.

1856.

LAS AUREANAS DEL SIL.

MEMORIAS DEL VIZCONDE DE FONTEY.

III.

Aventuras en el Ferrol: la Mona Lisa, ó un tipo á la alta escuela.

(Continuacion.)

Pocas ciudades habrá más bellas: al ménos desde Ferrol á Madrid no hay ninguna, pues sus calles son dilatadas y deliciosas, localmente hablando;—pero ¿quién transita por ellas si toda su gente se encierra en los talleres del arsenal? Por lo mismo de día,—parece Ferrol una poblacion vista á media noche, iluminada por la luna.—Y esto nos hace significar, aunque por incidencia, una cuestion importante para Galicia, cual es la falta de una gran ciudad que pudiéramos considerar como el centro palpante de su vida regional. Si cuanto encierra, pues, Compostela, y encierra la Coruña *oficialmente*, se concentrara en Ferrol, sería entónces Ferrol la Barcelona del norte. A esto se nos dirá que *porqué* se habian de concentrar en Ferrol esos elementos oficiales y no en la Coruña ó Compostela,—pero esto tiene una explicacion bien sencilla: cuanto tiene de oficial la Coruña y Compostela, es *transferible* al Ferrol, pero los arsenales del Ferrol no pueden ser jamás *transferibles* á la Coruña ó Compostela. Y compréndase bien el racionio: no aludimos sólo á las obras de fábrica porque esas se pueden hacer

T. II.

donde se quiera, habiendo dinero,—sinó á las obras que ya nos trazó la propia naturaleza como son las condiciones hidrológicas del Ferrol utilizadas por el arte naval, de cuyas condiciones carecen no sólo esas otras ciudades citadas de Galicia, sinó las demás del litoral de España.

Ferrol es, en resúmen, una ciudad estentida orillas de su ría, constituyendo un paralelógramo, cuyos dos opuestos lados, son sus arsenales y sus afueras ó sembrados. La vida se agolpa los días no festivos á un lado, sus arsenales,—y hácia el otro, sale á pasear cierta parte de sus moradores los días festivos, como afanosos de cambiar la atmósfera impregnada de *coók* de los obradores, por la atmósfera impregnada de aromas de la pradera, carretera de Jubia.

En este paseo fué donde una tarde conocí á Mona Lisa,—y la designo por este nombre, porque aquella muger era enteramente la encarnacion de la bella y picaresca florentina que immortalizó el pincel de Leonardo de Vinci. Rostro, talle, actitudes, expresion de sus facciones... todo, todo hasta en sus menores detalles, el busto de aquella belleza parecía haberse desprendido del famosísimo cuadro del gran artista, vivificada por el soplo potente de otro génio ó creador más sublime. Alcémos, pues, el velo que oculta esta interesante figura de nuestra galeria voluptuosa.

Mona Lisa paseaba por la carretera del Ferrol á Jubia del brazo de una amiga suya, más jóven que ella, pero inferior en atractivos.

Nadie más iba en su compañía,—y como desde la primera mirada que crucé con aquella hermosura, nos convenimos,—es decir, nos declaramos en lucha para *batirnos*, —yo seguí navegando en sus aguas, como dicen los marinos.

A la altura del cabo Fajardo, cambiamos un saludo y una sonrisa,—y acercándome á toca penoles la dirigí algunas palabras de pura galanteria.

—No me comprometa V.—me dijo dulcemente —siga V. paseando, pues soy casada.

—Y su marido de V. está en el pueblo?

—No: está en la Habana; pero la maledicencia... ya vé V.

—Es que yo quisiera seguir hablando á V. porque me encanta de una manera indecible.

—No faltará ocasion, caballero. Siga V. paseando distante de nosotras...

Y parecia darme á entender con esto que la siguiera, *guardando las apariencias*.

Picaras apariencias! Seguí navegando al paio, no sin que nos miráramos y sonriéramos de cuando en cuando,—y por fin tomaron puerto.

Llamo tomar puerto, á que Mona Lisa y su amiga entraron en una especie de cervecería ó merendero, donde dieron fondo bajo la fronda de sus frutales.

Yo entré tambien, y me situé en una mesa contigua. Y aun cuando habia algunas familias en otra mesas, todas parecian ocuparse más de sí mismas que de sí me gustaba ó no Mona Lisa.

Empecé á establecer la primera paralela, cruzando miradas y palabras con aquella beldad como otros tantos proyectiles incendiarios, capaces de derribar su arboladura,—pero tuve que suspender el fuego y ponerme á cuarto de máquina porque Mona Lisa me dijo con marcada intencion:

—Esta señorita, caballero—aludiendo á su amiga—es hermana de mi marido.

Y, más que sus palabras, los ojos de Mona Lisa parecían decirme á la vez, «no me comprometas... calma... yo seré tuya, pero cuidado con mi honra.»

Tomó en seguida la conversacion un rumbo puramente frívolo,—y como ya caian las sombras de la noche, regresamos al pueblo.

Cerca de la puerta Nueva, con motivo de un mal paso, la muger de Mona Lisa se adelantó un poco,—y entónces yo, rápido como el pensamiento, pude besar á mi bella en la oscuridad.

Seguí acompañándolas hasta una hermosísima plaza que los militares llaman de Armas, los marinos de Churruca y el clero *del Carmen*,—una plaza que por tener tantos nombres poco espresivos para la generalidad, parece que espera uno *más ferrolano*. Y como vivían en una de sus casas, al llegar á la puerta me dieron las gracias por haberlas acompañado, y subieron.

Pero yo me quedé inmóvil en la puerta.

Entónces, bajó Mona Lisa los dos ó tres escalones que habia empezado á subir en pos de su amiga, y me dijo en alta voz:

—Dispense V, caballero, que no le ofrezca la casa... mi posicion como casada, me impide ser más atenta.

Y luego bajo, muy bajo:

—Ven, mañana, á esta hora...

Yo entónces las saludé como reconocido, y me retiré para mi fonda.

Sonando con la hora convenida, cuando salí de casa al siguiente dia me interné en los arsenales para ver trabajar á tanto carpintero y herrero. Un marino que vivía en la misma fonda, era mi *ciceroni*.

—Y bien—le dije—aquí trabajan sobre tres mil hombres, en Cadiz trabajarán igual número, é igual número en Cartagena,—total de 8 á 10 mil hombres trabajando diariamente,—de modo que nuestra marina militar debe ser de las primeras con este trabajo incesante.

—No, señor,—me contestó—es secundaria.

—Cómo...!—pues yo recuerdo que desde el año 1850 vienen consignándose en los presupuestos nacionales para material y personal de buques de 200 á 300 millones.

—Y ¿eso á que llega?

—¿Cómo á que llega—¿Vamos á verlo? ¿qué cuesta una fragata blindada en el extranjero...?

—De 30 á 40 millones.

—Muy bien: en ese caso, hechasen el extranjero, tendremos que cada año se aumentará la marina de guerra con 5 fragatas de coraza. Pero, como aquí, en nuestros arsenales serán más baratas, ten-

dremos 6 cada año; ó lo que es lo mismo, en 10 años SESENTA!!

—Y las reparaciones...?

—Rebaje V. entónces la mitad para reparaciones—que es lo más que se puede rebajar,—y resultará que con lo que asignan los presupuestos nacionales para material y personal de arsenales, nos darán matemáticamente en diez años TREINTA FRAGATAS.

—Oh, todo eso es música, mi amigo!—me dijo el marino—¡Pues *heche V. fragatas* del modo que V. dice!!

—La verdad es que, á ese *heche V. fragatas*, mi contestacion es muy lógica con los presupuestos en la mano... ¡pues *heche V. millones!*

—Una marina cuesta mucho!—encareció mi amigo,—y ustedes, los profanos, no *entienden* de esto!!

—Eso que V. me dice será un *apóstrofe*, pero no una *demonstracion*.

—¿Qué otra cosa merece su *poesia* de V. sobre arsenales?

—Es que yo hablé en *prosa* y buena *prosa*, la de los números.

—Sus números de V. y su *prosa*—repuso sonriendo—son lo que se llaman cuentas galanas.

—Pues cuales son, entónces, las cuentas esactas, amigo mío?

Quiso el marino formular esas cuentas esactas, para probarme el error en que estaba; pero la verdad fué que se *mareó* y á mi me *mareó* más. ¡Ay España de las Españas, quien te entienda, que te compre!

Llegó la noche y acudí á la cita.

Mona Lisa estaba sola,—de consiguiente empecé á tender la segunda paralela.

Pero ¡ay! por una singularidad inesplicable para mi, aquella belleza se resistía á navegar á un largo, persistiendo en no levar anclas.

Cuando yo creía á Mona Lisa la más *facil* de mis conquistas, me encontraba burlado;—y no porque se hiciera la gazmoña, sino porque en efecto, parecia todo en ella naturalísimo. Tal era su coqueteria, pero coqueteria que me abrasaba de deseos.

Aquella muger encantadora, no huía mis besos, ni alejaba sus bellas manos de las mías; pero encendida la máquina, reusaba hacerse á la mar, garrando sobre el cantil.

—¿Por qué así?—le decia yo arrebatado—¿por qué, sabiendo V. cuanto amor me inspira, rehusa V. corresponder á mis deseos? ¿Por qué sus manos de V. están en mis manos, mis labios en sus labios, mi corazon para el caso en su corazon, y rehusa V. identificarse completamente conmigo, formando *dos en uno* como dice Víctor Hugo cuando define el amor?

—Y por qué esa impetuosidad?—preguntaba ella á la vez—¿por qué empezar por donde se concluye? Eso no es amor, y yó le amo á V.—Y como le amo, quiero estar viendo siempre, si fuera posible, sus ojos azules y sus cabellos de oro.

Y me miraba como estasiada,—y pasaba su linda mano por mis cabellos blondos.

Yo no podía más,—porque trascurría una hora, y otra, y me hallaba cada vez más abrasado y más calenturiento, por el vértigo de voluptuosidad que me arrebatava en sus alas de fuego.

Ella, por el contrario, sonriente siempre de amor y serena como si tal cosa,—beviendo de cuando en cuando un sorbo de agua, de un vaso que tenia junto así.

—¡Oh, si supiera que tal me iba á pasar, no hubiera subido!—le dije por fin.

—Pues lo mismo le pasará á V. mañana,—y sin embargo de oirlo V. de mis lábios ¿á qué sube V. también mañana?

—A qué no, señora?

—Verá V. como si, como sube V.

—Y porqué lo asegura V.?

—Porque en la actitud que yo adopto respecto á V, estriva nuestra fuerza, nuestro poder sobre el hombre.

Aquel tipo de muger, era admirable.

—Y ¿tiene V. tal seguridad en si misma que no sucumbirá V, cuando ménos lo crea?

—No.

—Y entónces...? porque se muestra V. tan despiadada, señora?

—Algunas veces, la muger fuerte sucumbe, y la debil resiste?

—Es decir que está V. en el último caso?

—Estoy. Soy debil por mi organizacion como toda muger; pero, como quiero que V. me ame, hago lo posible para ello, resistiendo.

—Resistirse no es amar, señora.

—Ah, si lo es! ¿Quién le dice á V. que no sufra yo más que V?

—Imposible, puesto que está en su mano de V. evitar ese sufrimiento.

—No,—porque si yo, ahora, de buenas á primeras sucumbiere, ya no lo vería á V. más.

—Tanto desconfía V. de sus encantos?

—No bastan los encantos. El amor no es más que la *poesía del deseo*, y la *posesion mata el amor*.

—La posesion matará al amor, señora, cuando circunstancias ó compromisos como los del matrimonio, le atan á uno á los piés de una muger.

—No hay solo eso: hay tambien el hastío,—y yo quisiera que su amor ó su deseo de V. fuera inmortal ó inestinguible.

—En ese caso me condenaria V. á una muerte horrorosa ó al suplicio de Tántalo!

—No, porque yo al fin, como debil muger tengo que sucumbir, sea hoy sea mañana.

Y me besó con amante fuego.

—Pero... por cuanto más amé V. en el mundo!—le supliqué—no quiere V. consolarme de la tormenta que sufro...?

—¡Oh, no lo sueñe V. siquiera!—seré inexorable hasta que más no pueda.

Junté las manos y caí á sus piés sobre la alfombra.

—En nombre de Dios!!—volví á suplicarle.

—¡Oh, basta. . . basta...—tartamudeó—retírese V. que ya es tarde.

Y bevió en seguida otro sorbo de agua.

Y como yo vacilase, me dijo:

—Mañana... á la misma hora... aqui.

—¡Oh, eso! no volveré—le dije, levantándome para irme.

—Lo veremos;—me dijo ella.

Y me volvió á besar con infinita pasion al despedirme.

Cuando me encontré en la calle, camino de la fonda, yó creia tener el infierno en las entrañas, descontento de mi mismo. «Es indudable—me decia—que yo estuve muy torpe con esa muger, porque sinó ¿cómo podia tener este resultado nuestra entrevista amorosa, besándome y abrazándome como lo hizo? Pero ¿y en qué consistiria mi torpeza?»

Y por más que calculaba no la encontraba,—porque si para algunos hombres de mundo, yo no debí andar con miramientos, haciendo desde luego zafarrancho de combate,—esto no entraba en mi educacion ni en mi hidalguia, porque jamás pude comprender un placer femenino *que no se concede*.

Pasé, pues, una noche fatal, jurando no volver junto á Mona Lisa,—pero su imagen sonriente y apasionada llenaba mi intelectualidad, y sus besos parecian humedecer aun mis labios, caldeándome la sangre.

Ocurrióme un pensamiento que creí feliz: «Tal vez esa muger—me dije—será interesada... quien sabe? Preciso es, pues, que mañana compre alguna joya y se la entreguen».

Y halagado por esta última esperanza, dormi bien.

Al siguiente dia, cuando sali á la calle despues de almorzar, me dirigí á una platería, y compré unos pendientes que me costaron dos mil reales: eran seductores.

Llegó la noche, y visité á Mona Lisa, que ya me esperaba con tal seguridad que me alarmó.

Cogi sus manos y se las estreché con ardor.

Incliné mis labios sobre sus labios, y nos besamos con todo el fuego de la pasion que sentíamos.

Pero, al tratar de levar anclas para navegar, siguió á cuarto de máquina,—el buque se|acantilaba.

Como la noche anterior, volvimos á establecer casi igual diálogo,—y entónces, ya aburrido, heché mano de mi talisman como un viejo seductor.

—Querida mia—le dije—los pendientes que tiene V. son preciosos,—pero esta mañana, al pasar frente á una joyería, vi unos preciosísimos, y me acordé de V.

Estas palabras, apenas hicieron impresion en Mona Lisa: las oyó con la mayor indiferencia.

Yo empecé á temblar, desconfiando de mi talisman.

Pero, venciéndome de pronto, saqué la caja del bolsillo, y se la presenté para que la abriera,

A este ademan mio, se enarcaron las cejas de

Mona Lisa con ira, transfigurándose completamente por la emoción de desprecio que la dominaba... sus labios iban á proferir algunas palabras terribles para mí...—pero cambiando de súbito su expresión y sus sensaciones, sonrió estrepitosamente, diciéndome:

—Está V. muy torpe, caballero, pues me ha tomado V. sin duda por alguna *santi barati*. Las cosas se ofrecen á quien carece de ellas; pero yo...

Y no concluyó. Irguiéndose con altivez, corrió hácia un armario de palo rosa que había en su gabinete, sacó de él una caja de ébano, y la puso sobre el velador.

—Vea V. mi joyero—dijo—y vea V. si se puede pedir más.

Y abriendo la caja, empezaron á brillar los diamantes y perlas de sus joyas, sobre un fondo de finísimo oro, y el oro sobre el granate.

Yo me quedé corrido. El bochorno me ahogaba. Ella lo conoció, y me dijo dulcemente, volviendo el joyero á su sitio:

—Lo que V. acaba de hacer conmigo, podría disculparse en un viejo; pero en un jóven como V, es indisciplinable, ¡Tan poco seductor se cree V.... por V. mismo!

Yo no sabía que decirle.

Entónces ella, como si leyera mi arrepentimiento en el fondo del alma, me abrazó y me besó, diciéndome:

—Quisiera en V. más amor y menos deseos!

—Y yo en V,—le dije—más deseos y menos amor—porque de continuar así, me conduciría V. al sepulcro.

Estas palabras mías, dichas con la mayor sencillez, parecieron derribar la estatua de su pedestal y abatir la entereza de aquella *femme fiere*,—pues redoblando Mona Lisa la ternura de sus besos, casi se desvaneció por un momento quedando inmóvil, pesadísima sobre mis brazos como si el alma le abandonara.

Entónces yo...

¿No era aquél el momento decisivo?

Entónces yo iba á vengarme ya de la resistencia de Mona Lisa,—pero levantándose ésta subitamente y desprendiéndose de mis brazos, se sentó en su butaca separándose.

—No...! no...!—balbuceó como hablando consigo mismo—¡tanta felicidad sería demasiado pronto aun!

Yo no supe que hacer. Ante las súbitas transformaciones de aquella muger, me sentía completamente anonadado. Hubo un instante en que, queriendo salir pronto de aquel gabinete, estuve por abrir el balcon y arrojarme á la calle desesperado. En mi vida tropezara con muger por aquel estilo, luz y sombra, cielo é infierno á la vez, que me atraía y me repelia, que me elevaba sobre los aires y me estrellaba luego en el abismo! Tan pronto queria comerla á besos, como dice el vulgo en su

lenguaje gráfico, como sacar el revolver y pegarle un tiro en la frente. Ah! yo creí que iba á perder el juicio, y salí de su casa sin despedirme, prometiéndome no hollarla más con mi planta.

¿Cumplí mi promesa?

¡Desventurado de mí! no somos más que fragil barro, esclavos de las modificaciones que quieran imprimirnos manos hábiles! No vivimos más que en el deseo, por el deseo y para el deseo: la vida no es más que un deseo infinito: la muger que consigue concentrar todos nuestros afanes en sí, abre y cierra nuestros corazones á su alvedrio. La gran cuestion para ellas, es *saber* resistir; pero Dios las hizo también de barro como á nosotros,—y bajo este punto de vista son tal vez más desdichadas!—porque de aquí resulta que se *estravian* y *estravián*—dándose sólo queda de ellas lo que los italianos llaman *traviattas*.

No volví á ver á Mona Lisa la siguiente noche,—pero á la otra me presenté en su gabinete, enteramente rendido, como el más sumiso esclavo.

Ella contaba, sin duda, con volverme á ver así, resignado,—y trascurrió la velada con las mismas confianzas amorosas, pero sin resultado definitivo respecto á aquella muger peligrosa cuyo aromático aliento me trastornaba como un perfume de demasiado *sprit*.

Y trascurrieron nueve y diez noches más, igualmente fatales para mí,—resistiendo aquella belleza creada para el deleite como no concibo que pueda resistir belleza alguna,—hasta que una noche cayó enteramente desfallecida en mis brazos, exalando frases de voluptuosa ternura.

Pero... de repente... un cambio súbito de carácter en Mona Lisa, me hizo otra vez descender del mismísimo edém á los profundos infiernos. Resistió el abordaje aun más, y con mayor firmeza, aquella sirena engañadora,—y la nueva herida que yo recibía, era cruelísima,—y tanto más profundizaba los senos del alma cuanto que no puede darse desesperacion mayor que la de tocar el cielo, y en el momento de penetrar en él, ese cielo cierra sus puertas para uno y lo arroja á las tinieblas insondables de la soledad.

Mortificado por aquella contrariedad incalificable, llegué á la fonda como un loco, retorciéndome en mis ansias mortales. En vez de acostarme y dormir, me puse á pasear por mi habitacion estupidamente, como un autómeta. El entorpecimiento que embargaba mis facultades era tal, que de proseguir momentos más concluiría indudablemente con mi razon. Necesitaba un gran sacudimiento mi organismo, una nueva sensacion moral que lo reviviese—y por fin recibí un nuevo dolor que me sustrajo del de Mona Lisa, pues como dice el vulgo en su lenguaje exacto *dolor mayor mata dolor menor*. Veréis cual fué.

BENITO VICETTO.

(Se continuará.)

—re—